

en el tiempo de los tallos verdes: ramiro pinilla *

retazos

“Cristóbal” era una cosa con cuatro patas, cabeza y rabo, que saltaba, daba coces, mordía y escupía, a veces todo a un tiempo, pero que no se parecía, en total, a ningún animal de los que nosotros conocíamos o teníamos noticia; y no podía ser de otro modo porque es imposible que volvieran a reunirse las circunstancias que lo trajeron al mundo; además, don Manuel solía decir que resultaba de todo punto imposible que la Naturaleza se equivocara dos veces en un mismo caso, especialmente después de ver el resultado de la primera equivocación, a no ser que no le importara que dejaran de llamarle sabia o anduviera ya tras la destrucción de la vida sobre la Tierra e incluso de la Tierra misma; porque en aquella zona de Guecho, Algorta, Las Arenas, Berango y más allá, todos los hombres y mujeres de más de treinta años recordaban la invasión de aquellos animales que enviaron de América a mi tío-abuelo; ocurrió alrededor del año 1906 o 1907, creo, de modo que yo no había nacido aún; pero lo que sucedió era un tema que el abuelo y la abuela y también la madre elegían no menos de una vez por año para hablar en la cocina, y lo mismo sucedía con don Manuel, que nos lo contó en más de una ocasión en la escuela, como premio a habernos sabido todos la lección. Entonces él tenía catorce años y aún no era maestro; parece ser que el mayor sorprendido por el rebaño de animales fue mi propio tío-abuelo Saturnino; la oficina naviera le escribió una carta notificándole que uno de sus barcos había transportado de un puerto del Perú a la Aduana de Bilbao veintiocho llamas, metiéndole prisa para que las recogiera; lo de la prisa no eran palabras, puesto que los animales se habían adueñado de una parte de las dependencias formando otra especie de Estado libre peruano o quizá colonia; en cualquier caso, según decía don Manuel, un territorio inexpugnable; ya durante el viaje había sucedido algo parecido: la tripulación se vio privada de una parte de la cubierta, donde los pastores indios que las bajaron de las montañas las dejaron en una especie de corral de altas vallas, por encima de las cuales había que echarles la comida, y sin acercarse nunca a las tablas, pues el primer día un marinero perdió un dedo de un mordisco; y ni los temporales ni el cambio de clima pudo con ellas; llegaron enteras a Bilbao y con ganas de demostrar que nadie les había pedido su opinión sobre aquel viaje; la Compañía también dijo a mi tío-abuelo quién se las enviaba: unos socios suyos, con los cuales había tenido la ocurrencia de comprar allí un rancho y, al parecer,

aquellas llamas procedían de la liquidación del negocio; mi tío-abuelo jamás habló antes de aquel rancho, seguramente porque esperaba que sus socios le engañasen, como era lo justo, con el Atlántico de por medio; pero no se olvidaron de él y le enviaron aquel rebaño de veintiocho diablos; se presentó en la Aduana, vio los animales y dijo que los matasen; le contestaron que aquello era una Aduana y no una carnicería; entonces mi tío-abuelo les



indestructibles; de modo que tuvo que empezar a pensar en la manera de sacarlas de allí y llevarlas a algún sitio; contrató a unos soldados, de los que en el cuartel se encargaban de los mulos del ejército, y logró les concedieran el oportuno permiso, pero, a última hora, los alcaldes de Portugaleta, Guecho, Berango y otros pueblos prohibieron llevar por tierra aquellos animales, cuya mala fama ya se había extendido por toda la región: de manera que la única salida que le quedó a mi tío-abuelo fue el mar; alquiló una gabarra y, empleando un mulo como cabestro, consiguieron, entre sustos, hacer pasar a ella las llamas; pero el mulo también entró con el rebaño y parece que no volvió a saberse de él, al menos no entero. La idea de mi tío-abuelo era llevarlas al monte Gorbea, a probar si con la nieve se calmaban, porque no había desistido de sacar algún provecho de ellas. Luego, durante el viaje de costeo, a los soldados les entró miedo y soltaron a las llamas en una playa; los animales treparon por el acantilado e invadieron la zona, haciendo

dijo que las dejaran morirse de hambre, a lo que ellos le contestaron que, por lo que tenían observado hasta entonces, eran destrozos en las huertas; se dieron batidas con escopetas de caza y mataron a todas, excepto a una; mi tío-abuelo fue de caserío en caserío abonando los destrozos. Dos años después, alguien vio un extraño animal, cruce de mulo y llama, que nadie pudo cazar; hasta que, pasados quince años, cuando todos se habían olvidado de aquel asunto de las llamas, los faros de la camioneta de León Esnarriaga fijaron en una carretera retirada un bulto con cuatro patas, cuerpo de mulo y cuello y cabeza de llama, una cría de pocas semanas que, deslumbrada, él pudo coger y llevar a su casa; don Manuel suele decir que aquellos diablos, desde un principio, sintieron inclinación por los mulos y que no era extra-

ño eso que finalmente pasó, a despecho de alguna ley de la Naturaleza; el caso es que León se puso muy orgulloso cuando los periodistas le retrataron junto al animal; la gente comenzó a acudir a su casa a contemplar al pequeño monstruo, y no sólo gente del pueblo, sino también de Bilbao y de lugares más alejados, especialmente en verano; de modo que León preparó un establo decente y empezó a cobrar la entrada; ése era el animal que, ahora, al cabo de diez años, teníamos delante la señorita Satrueguy y yo.

No era nuevo para mí y supongo que tampoco para ella, sólo que lo tenía olvidado desde hacía mucho tiempo. Nadie recuerda quién fue el primero que le llamó “Cristóbal”; pudo ser cualquiera que hubiera asistido a una escuela, porque una de las cosas que más se quedaban de la escuela era que América fue descubierta por Cristóbal Colón y, por lo tanto, en cierto modo, él era el responsable de que mi tío-abuelo recibiera aquellas llamas hacía veinticinco años, de manera que “Cristóbal” era un nombre para ella.

* Ramiro Pinilla: *En el tiempo de los tallos verdes*, Barcelona, Ediciones Destino, 1969 (Ancora y delfín).